

ESCU LTURA

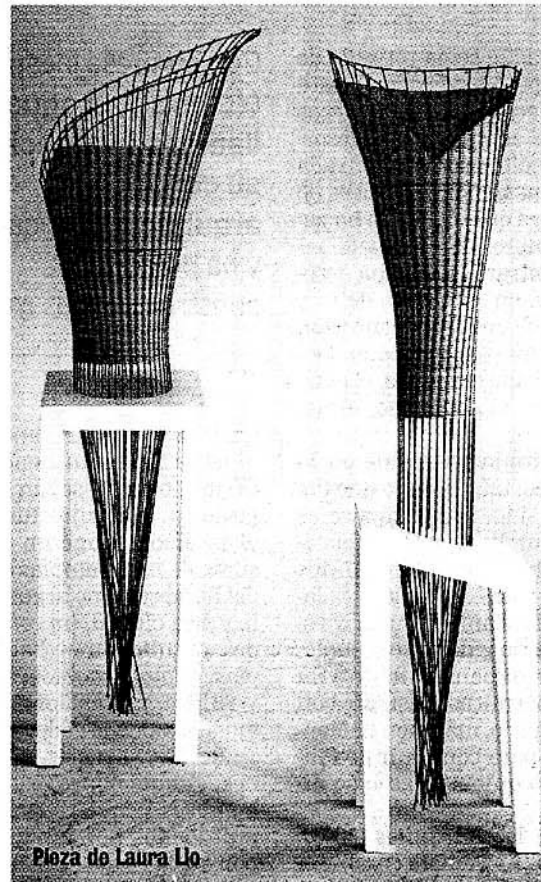
El aire entre los tallos

Laura LioMuseo Barjola. Gijón. C/ Trinidad, 17
Hasta el 27 de julio

La capilla de la Trinidad es parte de un hermoso conjunto gijonés, al lado del palacio de igual nombre con sus escudos de joves y valdeses, que conserva su fachada barroca y la cúpula y la espadaña y varias trazas de su construcción de origen como oratorio. La cuestión es que allí, junto a la colección Barjola, hay un espacio ocupado ahora –no sé si es mucho decir lo de «ocupado»– por las esculturas de Laura Lio.

Laura Lio se instaló en España hacia 1990 llegada de su Buenos Aires de nacimiento y, no sin cierta lentitud y paciencia, ha hecho que sus esculturas fueran creciendo (creo que así es), creciendo en el perfil, en la fisonomía, hasta hacérsenos ya muy reconocibles su fragilidad, su aire, esa especie de luz a la que apuntan. Sobre todo es así desde hace ya unos cuantos años y hace unas cuantas becas (las de Roma y París, por ejemplo) y algunas exposiciones madrileñas en la galería May Moré. Y por eso, por el perfil ya definido, por la leve y transparente figura que ya reconocemos en sus aéreas piezas, quizá no sea muy adecuado decir, como es propio de la cosa de bulto y tacto que suele o solía ser la escultura, que estas como floraciones o espigaciones que vienen a ser las suyas ocupen, en realidad, espacio alguno.

Sobre los muros de la capilla, como a modo de raros exvotos, están ahora colgados estos tallos formados de hilos de hierro y estos ramos de anea o de ra-



Pieza de Laura Lio

tán tan ligeros, tan esbeltos y alzados hacia esa luz que decíamos y sobre la que se ha detenido en su texto José María Parreño. Estos «surtidores de savia» tienen, desde luego, esa poesía orgánica que ha sido el terreno en el que han crecido y madurado no pocas obras de escultores contemporáneos, desde Moisés Villelia a Adolfo Schlosser, seducidos también por las metáforas plásticas de índole biológica u organicista. Además, las esculturas de Laura Lio evocan, claro, cuantos «dibujos en el espacio» ha habido en la escultura contemporánea para difuminar más todavía aquella vocación inicial de los bultos táctiles. Los ramos, las ramas, las espigas de Laura Lio dejan al aire pasar y dejan que el aire lo lleve a la luz y que en ese aire aparezca, metafóricamente al menos, un como perfume orgánico, vegetal y terrestre. Esos hilos, reunidos a veces por un liso y cálido brazo de escayola, tienen también una aspiración musical, sonora, como si una brisa se hubiera enredado suavemente entre los tejidos de la tierra o *entubulado* en los tallos recogidos y secos.

Se ve que el aire es la fina materia de la que están hechas estas esculturas, mucho más que la ocupación del aire. El aire que lleva un aroma, o un sonido. Y que encuentra a su paso unas delgadas varillas o unas tenues paredes de yeso que nos lo hacen visible y presente a nosotros, porque quizá se perdiera, si no, en su propio vacío y en su invisibilidad más propia. Pero no son esos «obstáculos» los que aquí parecen contar; parecen que es él, el aire, el que de veras cuenta.

Enrique Andrés Ruiz